

bladas, el ojo derecho un poco triste y encogido á causa de una cicatriz que le había quedado : la barba espesa, pero corta y negra por las extremidades, y la cabeza calva, y blancos los pocos cabellos que le quedaban.

PADRES DE SAN BASILIO. SANTA MACRINA LA JOVEN Y SU MONASTERIO.

Aún cuando los padres de san Basilio y de san Gregorio Nacienceno no profesaron la vida monástica, nos creemos en el deber de dar una idea de sus virtudes, en cuanto contribuyen á la gloria de estos Santos. Comenzaremos por los de san Basilio.

Era este Santo muy noble por parte de ellos ; así es que si hubiese querido prevalerse del lustre de su familia para aspirar á los honores mundanos, le hubiera sido muy fácil demostrar que las más encumbradas dignidades, tanto de la judicatura como de la administración, que la autoridad y prestigio en las cortes de los príncipes, los honores públicos, y las más sólidas reputaciones eran cosas muy comunes en su familia. Pero había entre sus antepasados otros motivos más sólidos de gloria, pues la virtud les hace aún en el día objeto de veneración en toda la Iglesia.

Su abuela paterna santa Macrina, cuya festividad celebra el Martirologio Romano el 14 de enero, se hizo célebre por su insigne piedad. Era natural de Neocesarea en el Ponto, y fué instruida en la doctrina de san Gregorio Taumaturgo por sus discípulos : doctrina que conservó preciosamente en su corazón, y en la cual educó á su nieto san Basilio desde la infancia. Su marido, cuyo nombre igno-

ramos, adelantó, como ella, en la práctica de todas las virtudes. En tiempo de la persecución de Diocleciano, continuada por Maximiano Galerio y por Maximino, fueron del número de los santos fugitivos, que prefirieron privarse de sus bienes y sufrir todas las incomodidades de un destierro voluntario, y aún exponerse á la muerte, ántes que al peligro de perder su alma. Se retiraron hacia el año 305 en unión de otros cristianos á uno de los bosques que cubren el Ponto. Este destierro debió ser muy molesto á personas de tanta consideración, y duró cerca de siete años.

Dios manifestó por medio de un milagro evidente que, sólo movidos por el Espíritu Santo, se habían refugiado en este retiro: pues hallándose destituidos en él de todo auxilio humano, les envió para su sustento grandes ciervos que bajaban de la altura de la montaña, y que se dejaban coger cual mansos corderos. Esta maravilla de la Providencia les fortaleció en su combate. Es de suponer que salieran de este retiro despues del edicto que Maximiano Galerio, aterrorizado por el poder de Dios, se vió obligado á dar en favor de los cristianos, el 30 de abril del año 311, como puede verse en la historia de la Iglesia. Pero como san Gregorio Nacianceno, y aún más claramente san Gregorio de Nisa, dicen que santa Macrina sostuvo grandes combates en defensa de la fé, y que sus bienes y los de su marido habían sido confiscados, es de creer que debieron confesar á Jesucristo, ó bajo Maximino, que al cabo de un mes renovó la persecución, ó hacia el año 320, bajo Licinio. Se supone que santa Macrina murió en el Ponto hacia el año 340.

Su piedad y la de su marido pasó á Basilio, su hijo, padre de nuestro Santo, que enseñó la elocuencia con tanta reputación, que fué maestro de discípulos muy distinguidos, y alcanzó una estimación universal. Su virtud no cedió más que á la de su hijo. Fué considerado como el

más ilustrado maestro de la piedad en el Ponto, así como lo era de la elocuencia. Su sabiduría y excelente conducta en todas sus acciones le merecieron el honor de tener por esposa á santa Emelia.

Esta ilustre santa, cuyo nombre expresa la armonía y concordia de todas las perfecciones que poseía, profesaba grande amor á la virginidad; pero habiendo perdido á su padre, á quién la cólera del emperador pagano, (se cree que fuese Licinio), había despojado de los bienes y de la vida, y habiendo perdido á su madre, que aún era jóven, se vió obligada á casarse, porque su extrema belleza era causa de que muchos solicitasen su mano, no faltando quién abrigase el designio de arrebatarla. De modo que el temor de este peligro le hizo pensar en librarse de él por medio del matrimonio, prefiriendo á Basilio sobre todos los demás pretendientes.

Su piedad les unió no ménos que el matrimonio: se hallaban perfectamente de acuerdo sobre las buenas obras: alimentaban á los pobres, recibían á los peregrinos, y en medio de la persecución consagraban á Dios una parte de sus bienes, los cuales multiplicó Dios despues de la persecución en tal manera, que eran los más ricos del país. Tenían posesiones en tres provincias diferentes, en el Ponto, en la Capadocia y en la pequeña Armenia, con lo cual tenía una posición muy desahogada su numerosa familia. San Gregorio de Nisa asegura que estaban colmados de las bendiciones divinas; pues cada uno de sus hijos tenía bienes más cuantiosos que si todos se los hubieran dejado á uno solo. Estos hijos eran diez; pero uno de ellos murió de muy corta edad; y cuando murió el padre, se repartieron los bienes entre cuatro varones y cinco hembras.

La mayor de todos fué Macrina la Jóven: san Basilio fué también el mayor de los varones, Nocracio el segundo, san Gregorio de Nisa el tercero ó cuarto, y san Pedro,

obispo de Sebaste, el último. No se tienen noticias de las otras cuatro hijas, sino que su madre las colocó honestamente. En otro lugar hablaremos de las sobrinas de san Basilio, hijas de una de sus hermanas, que gobernaron un monasterio de vírgenes en Cesarea.

Ocupándonos ahora de cada uno en particular, nada notable sabemos acerca del padre de san Basilio, sino lo que hemos dicho de sus virtudes en general, á lo cual debemos añadir que, habiendo caído san Basilio gravemente enfermo en su infancia, oró su padre por su curación, y Dios le apareció una noche, diciéndole como en otro tiempo dijo Jesucristo al señor de Cafarnaum: « Anda, tu hijo está bueno. » Lo cual demuestra que la fé de este santo hombre era muy viva, y que se hallaba favorecido con una grande comunicación con Dios. El esmero con que enseñó á nuestro Santo los primeros elementos de la retórica, demuestra cuán grande era la atención con que cumplía sus deberes de padre de familia. Concluyó gloriosa y santamente su vida, despues de inspirar á sus hijos con sus lecciones y ejemplos los buenos sentimientos que nos recomienda la religión, y murió lleno de merecimientos hacia el año 349 ó más tarde, poco despues del nacimiento de san Pedro de Sebaste.

En cuanto á santa Emelia, su esposa, no la separaremos de santa Macrina, su hija, que fué su fiel compañera hasta la muerte, y que contribuyó mucho á elevarla al grado de perfección, que consumó con una muerte santa, y que, como á su esposo, le ha merecido un lugar entre los santos de la Iglesia, el día 30 de mayo. Su intención al contraer matrimonio fué, como hemos visto, escapar á los peligros del mundo, más bién que seguir sus vanidades. Ocupada enteramente en los cuidados domésticos, que son los principales deberes de la madre de familia, Dios le dió en el primer fruto de su matrimonio una ayuda, más bién

que una hija, para que cooperase á la educación de los demás hijos que en su misericordia le preparaba, y esta hija la secundó en todo, tanto en los negocios de la casa, como en el cuidado de su numerosa familia.

Dios se dignó anunciarla que llevaba en su seno un fruto de la divina gracia, y le dió á conocer el altísimo grado de santidad á que la destinaba: pues hallándose dormida algunos dias antes de darla á luz, le pareció como que veía en sus brazos á esta dichosa hija, y que un hombre de una estatura y de una majestad sobrehumana le dió el nombre de Tecla, lo cual repitió tres veces, y desapareció. Pocos despues la dió á luz con toda felicidad, y desde entónces consideró este nombre como un signo de la conformidad de sentimientos entre esta Santa y su hija.

Se la confió á una nodriza, pero sin salir de la casa: así es que á todas horas estaba la tierna niña en brazos de su madre. La educación que más tarde recibió fué muy piadosa, pues lejos de presentarle Emelia ninguna cosa que pudiese inspirarla deseos mundanos, le hacía aprender aquellos pasajes de la santa Escritura que consideraba más fáciles y adecuados á su edad. Comenzó por los libros sapienciales, escogiendo las sentencias más propias para dirigir los movimientos de su corazón y todos los actos de su vida. Le hizo aprender también los salmos, y la acostumbró á nutrir su alma con los santos afectos que se encuentran en estos sagrados cánticos, de modo que podía decirse, como asegura san Gregorio de Nisa, de quién tomamos todo este relato, que en cualquier paraje y situación en que se hallaba Macrina, y en todas las cosas que hacía, tenía en estos sagrados cánticos una fiel compañía que jamás la dejaba.

Si estos eran los frutos de los cuidados de su cariñosa madre, lo eran también de la docilidad de la hija; pues por ésta docilidad aprendió todas las labores propias de su sexo

con muy notable aprovechamiento. A estas excelentes dotes del alma de Macrina añadió el Señor una belleza corporal tan perfecta, que no había en todo el país quien la igualase; lo cual fué causa de que sus padres procurasen ocultarla. Pero á pesar de estos cuidados, no pudo escapar á las miradas de algunas personas de distinción, que pretendieron su mano. Creyó su padre que, para librarla de importunos pretendientes, debería escoger un hombre de buenos antecedentes y dotado de piedad, pero difiriendo siempre todo compromiso por ser todavía muy joven Macrina.

Dios, que se había reservado esta casta paloma, para que le consagrara su virginidad, hizo que, mientras que este hombre se esforzaba por confirmar la buena opinión que de él se había formado, sucumbiese á una corta enfermedad, que desvaneció todas las esperanzas que en él se habían fundado.

Esta inesperada muerte fijó para siempre la suerte de Macrina en el estado de la virginidad, que deseaba conservar para entregarse enteramente á Jesucristo. Así es que, proponiéndole sus padres un nuevo y no ménos ventajoso partido, contestó, « que no había muerto su esposo, sino que vivía para Dios, y aún para ella por la esperanza de la resurrección: que sólomente había ido á un viaje, y por lo tanto, que estaba obligada á guardarle fidelidad ».

Con estas razones se afirmó más y más en su resolución, pero procurando no apartarse de su madre, lo que hacía decir á ésta, que á los demás hijos los había llevado nueve meses en su seno; pero que á ésta la había llevado en cierto modo constantemente. Léjos de serle enojosa esta asiduidad, le fué tanto más agradable, cuanto que además de la ternura que le profesaba, había recibido de ella servicios más importantes que de los más adictos criados. Ambas, dice san Gregorio de Nisa, reportaban beneficios de este

estrecha unión: la madre dirigía el espíritu de la hija, y ésta tenía un cuidado tan esmerado de la madre, que le hacía amasar con sus propias manos el pan que comía. Después de la muerte del esposo, se vió Emelia á la cabeza de cuatro varones y cinco hembras, que se hallaban repartidos en las tres provincias del Ponto, de la Capadocia y de la pequeña Armenia. Macrina compartió con ella todos los cuidados de esta numerosa familia, y la fué llevando poco á poco á una virtud muy perfecta.

Hemos visto en la vida de san Basilio, como esta cariñosa hermana le llevó al desprecio de la sabiduría del mundo y á abrazar la del Evangelio. Educó en la misma forma á su hermano san Pedro, obispo de Sebaste, sirviéndole como de madre y preceptora en lo que á la piedad se refiere. Cuando todos sus hermanos llegaron á la mayor edad, y se hallaban colocados, persuadió á su madre á que la acompañase á un monasterio.

Con este designio edificaron uno en el Ponto, á orillas del Iris, y á poca distancia de la ciudad de Ibora. En su consecuencia, rompieron todos los lazos que las ligaban con el mundo; dejaron el género de vida que hasta entónces habían practicado para emprender otro más perfecto, y llevaron consigo á algunas de las personas de su servidumbre, que se consagraron también á la vida religiosa. Se le unieron algunas otras personas, y santa Macrina, después de su madre, gobernó esta comunidad, que se distinguió por la severidad de su doctrina. Dió á los pobres todo la herencia que había recibido por muerte de sus padres, y siguiendo el consejo evangélico, ganó con sus propias manos su sustento. Otro tanto hacían las demás religiosas, pues el trabajo manual era uno de los principales preceptos de la regla.

San Gregorio de Nisa traza en estos términos el plan de su conducta y de la observancia regular. « Había entre ellas

una perfecta igualdad en la comida, en los muebles, en las celdas y en todas las demás necesidades, sin que quedase ningún vestigio del rango que cada una tenía en el mundo. La vida que llevaban era tan santa, y tan eminente su virtud, que no hay palabras capaces de expresarlas. Su exactitud en la observancia de la santa disciplina correspondía á la grandeza de su virtud y al fervor que abrasaba sus almas. Podía comparárseles á esas almas dichosas, que vuelan al cielo despues que salen de la prisión de sus cuerpos : pues sus corazones se hallaban desprendidos de las cosas de la tierra, pudiendo decirse que llevaban vida de ángeles. »

No se veían en ellas señales de cólera ni de envidia, así como tampoco sospechas ni odios. Habían rechazado de sus corazones toda vanidad, todo deseo de honores y estimación por parte de las criaturas. Ponían todas sus delicias en la templanza : toda su gloria en ser desconocidas, y todas sus riquezas en no poseer cosa alguna. Habían renunciado á todas las comodidades de la vida, y consideraban como un tiempo perdido el que se empleaba en las cosas perecederas de este mundo. Todas sus ocupaciones así como su reposo consistían en la continua oración, y en el cántico de los salmos que no interrumpían de dia ni de noche. Era, por último, tan perfecta su vida, que puede considerarse como un medio entre la humana y la angélica, porque participaba de una y otra. » Tal es la idea que nos da san Gregorio de las virtudes de estas fervorosas vírgenes de Jesucristo.

Pero si eran tan perfectas, ¿ cuanto no debería serlo la bienaventurada Macrina, que con tanta prudencia y piedad las dirigía? Asegura el mismo Santo, que, no hallándose nunca satisfecha de su mérito en la presencia de Dios, ponía toda su atención en purificarse de las más pequeñas imperfecciones, y en aspirar á nuevos progresos en la vir-

tud, á que la gracia del Señor la llamaba misericordiosamente. San Pedro, su hermano, á quién hemos dicho que formó en la virtud desde la infancia, la dirigía entónces espiritualmente así como á su comunidad : pues se retiró á la misma soledad, y san Basilio le prestó también grandes auxilios.

En una ocasión quiso Dios manifestar el mérito de esta Santa con una curación milagrosa, y demostrar cuán agradables le eran sus oraciones. Se le formó en el codo un tumor de extraordinaria magnitud, siendo preciso hacerle una incisión para evitar que tomase mayores proporciones, y le causase la muerte. Su madre la obligaba á llamar al médico, diciéndole que la ciencia de la medicina está recomendada por el mismo Dios para el bién de la humanidad ; pero esta hija en extremo pudorosa prefería soportar el mal ántes que enseñar una parte de su cuerpo á una persona desconocida. Un dia, pues, despues de asistir hasta las vísperas á su piadosa madre, como tenía de costumbre, y despues de reiterarle ésta que llamase al médico, se retiró á una capilla que había en el interior del monasterio, en donde pasó la noche pidiendo al Señor, que es el soberano médico, que la curase ántes de tener que ser vista por un hombre. Despues tomó un poco de tierra humedecida con sus lágrimas, y la aplicó á la parte enferma, esperando que Dios bendeciría aquel remedio, como así sucedió. Despues de la oración volvió á su madre, y le dijo que, para ser sanada, bastaría que le hiciese la señal de la cruz ; pero al meter la mano, encontró que estaba perfectamente curada. Sólomente le quedó una pequeña cicatriz, como la picadura de una aguja, la cual perseveró hasta la muerte, habiéndolo Dios permitido así, como hace notar san Gregorio de Nisa, para que fuese un testimonio perenne del milagro que se había obrado en su favor, y para obligarla á que nunca olvidase el beneficio que le había dispensado.

Santa Emelia, que era ya de una edad muy avanzada, pagó al fin el tributo impuesto á la naturaleza. Sus hijos se hallaban ausentes, á excepción de santa Macrina y de san Pedro que vivían á su lado. Cuando se sintió próxima á la muerte, teniendo á ambos á su lado, les habló con ternura de los demás, dió su bendición á todos, y elevó esta hermosa plegaria. » Os ofrezco, Señor, las primicias y el diezmo de los frutos que han salido de mi seno : mi hija, que se halla presente, puede muy bién llamarse las primicias, y éste, como el último de todos, el diezmo. Así pues, además de que los he recibido de vuestra liberalidad, os pertenecen por un derecho especial. Dignaos, pues, Dios mio, colmar sus corazones de santidad. » Al mismo tiempo que esta bendición terminó su vida, á fines del año 373. Se le enterró al lado de su marido, á seis á siete estadios de su monasterio, en la iglesia de los Cuarenta Mártires. La Iglesia la honra el 30 de mayo.

Puede calcularse el dolor de santa Macrina y de su hermano san Pedro por el mérito de la santa madre que acababan de perder ; pero su piedad cambió este dolor en olor de suavidad agradable á Dios por su resignación. Así nos lo dá á entender san Gregorio de Nisa, cuando dice, que, despues de enterrarla en la forma que les había encargado, procuraron dominarse á sí mismos, haciendo sus últimas acciones más perfectas que las precedentes, y esforzándose por llegar á la cumbre de la virtud. La de santa Macrina había sido ántes sometida á una durísima prueba con la pérdida de su hermano Nocracio, á quién trajeron muerto de la campiña, juntamente con su criado Crisafó, sin que hubiese sido posible averiguar como acaeció este trájico suceso. « Macrina, dice san Gregorio de Nisa, apareció tanto más admirable en esta ocasión, cuanto que sabía perfectamente que perdía con este desgraciado accidente á un hermano, á quién amaba con extraordinaria ternura.

Pero se sobrepuso á sus sentimientos, y con su ejemplo y sus razones consoló á su madre, que aún vivía. Así es que, en la violencia de un golpe tan terrible, no dió gritos, ni desgarró sus vestiduras, ni se entregó á los trasportes de dolor, que son ordinarios en otras madres, ni hizo cosa alguna que fuese indigna de su piedad. » Por último, añade el mismo san Gregorio, llegó la virtud de Macrina á un grado tan elevado, que en todo lo desagradable que acaecía á su madre, no permitía que el sentimiento superase al gozo de las gracias de que era deudora á la bondad divina.

Despues de este doble sacrificio de la muerte de Nocracio y de santa Emelia, le exigió Dios otro no ménos sensible ántes de coronar sus trabajos en el cielo, y fué el del gran san Basilio, que murió en 379, como hemos dicho en el capítulo precedente. Si este gran ductor, al abandonar la tierra, dejó á la iglesia en la mayor aflixión, ¿ cual debió ser la amargura de santa Macrina, cuando llegó á su monasterio la infausta noticia? Pero, añade san Gregorio de Nisa, así como el oro se prueba pasándolo por diferentes hornos, siendo el más excelente el que ha pasado por tres crisoles, así el alma de esta vírgen pasó por tres pruebas durísimas, la muerte de Nocracio, la de su madre y la de san Basilio, saliendo de ellas tan pura y tan fuerte, que no se observó en su conducta ni debilidad ni el más leve defecto.

A fines del mismo año en que acaeció la muerte de san Basilio, asistió san Gregorio de Nisa al gran concilio que celebraron los orientales en Antioquía, y una vez terminado, quiso este Santo visitar á su hermana santa Macrina, á quién no había visto hacía ocho años. La consideraba ménos como hermana que como maestra, así es que ordinariamente le daba este nombre. Además de la satisfacción de verla, quería consolarla por la muerte de san Basilio. Pero en lugar de esta satisfacción, quiso Dios que tuviese